

al condominio, á la cesión de una parte de la soberanía de la República sobre el territorio nacional, y nadie vacilará en calificarlo de crimen político» (*Ev.* p. 266); que «si ese tratado se hubiera cumplido hubiera sido más anti-patriótico que el tratado de Miramar celebrado por Napoleón III y el archiduque Maximiliano;» (*Ver.* p. 76) finalmente, que «una de las causas que más influyeron á decidir al Emperador Napoleón á obrar contra México, fué el permiso concedido por el supremo gobierno al de los Estados Unidos para pasar tropas americanas al través del territorio mexicano., pareciéndole más patriótica y nacional la causa del gobierno de la reacción.» (*Matías Romero*) En resumen, «desde su primer artículo hasta el último, el tratado es un modelo de crimen político, de indignidad y de desprecio para el decoro de la Nación é integridad de su territorio... Es ante todo un pacto intervencionista, de intervenciones continuas, desde el momento en que se encomienda al gobierno de los Estados Unidos cuidar á perpetuidad de la conservación de la paz en México, con lo que México quedaba sin soberanía, sin honor y sin una piltrafa de vergüenza.» (*Rev.* p. 462. 485).

## CAPÍTULO VII.

*Campaña de Miramón contra Veracruz. — Degollado sitia á México y es derrotado por Leonardo Márquez. — La leyenda de los llamados «Mártires de Tacubaya.»*

EN este año de 1859, el partido liberal, vencido sucesivamente en casi todos los encuentros con los conservadores y rechazado de todas partes, vióse obligado, como ya se dijo, á refugiarse en el puerto de Veracruz donde Juárez, defendido por el mar y el vómito, pudo establecer su simulacro de gobierno.

El Presidente de la República, General D. Miguel Miramón, sucesor de D. Félix Zuloaga, resolvió dar el último golpe al partido liberal sitiando á Veracruz. El 16 de febrero de 1859 salió de México; el 12 de marzo se empuñó la acción del Cerro del Chiquihuite, y poco después, las de la Soledad y Puente de Jamapa, todas adversas á los liberales que fueron á encerrarse en la plaza de Veracruz á la cual se puso un sitio riguroso.

El General Degollado, que á la sazón se hallaba en Morelia, proyectó marchar sobre México con todas las fuerzas de que disponía, reuniendo al efecto á Blanco, Zaragoza, Pueblita, Quiroga, Arteaga, Iniestra y Aranda, con el fin de hacer retroceder el ejército conservador. La siguiente carta, que dirigió á Pueblita desde San Luis Potosí, da un justo aprecio de la situación desesperada en que se encontraban los liberales: «La sacrosanta causa que defendemos corre un peligro inminente. Miramón á la cabeza de 5,000 hombres se ha puesto en marcha para el puerto de Veracruz, llevando un formidable tren de guerra. A la fecha, según las noticias recibidas en el ministerio

de mi cargo, se halla en Orizaba, y nosotros, para impedir á ese temerario joven que avance hasta Veracruz, cuya toma equivaldría á la muerte de la Constitución y sus heroicos defensores, debemos hacer un esfuerzo supremo para impedir este fatal golpe. Con tal motivo me dirijo á ud exhortándolo en nombre de la humanidad, el progreso y la civilización, á que se una á los generales de nuestro ejército... Suplico á ud se ponga de acuerdo con los jefes destinados para invadir á México y llamarle la atención á Miramón. Si conseguimos retroceda y nos deje en paz á Veracruz, nos hemos salvado; sino ud, yo y cuantos hemos hecho una encarnizada guerra al clero y al ejército, vamos á tener muy malos ratos.» (*Camb.*)

Según unos recientes datos, Juárez fué quien, presa de un miedo cerval, dió la orden á Degollado para que asediara á la ciudad de México con el objeto de obligar á Miramón á retroceder aun cuando Degollado tuviera que sacrificar todo su ejército para salvar á Veracruz de un peligro que sólo existía en la aterrada imaginación de Juárez, siendo causa Juárez del descalabro del 11 de abril en Tacubaya. (*Rev.*)

Al saber el movimiento de Degollado, el General conservador, D. Leonardo Márquez, que se hallaba en Guadalajara, salió en socorro de México; y los Generales D. Tomás Mejía y D. Gregorio Callejo, reuniéndose en San Miguel de Allende con sus fuerzas, que ascendían á 3,000 hombres, empezaron á hostilizar la retaguardia de los liberales quienes avanzaban en número de 8,000 soldados.

El 14 de marzo se libró la acción de Calamanda en la cual perdieron los liberales 170 prisioneros, además de un gran número de muertos y heridos que se quedaron en el campo de batalla. En la carta que Zaragoza dirigió á Vidaurri y publicó *El Progreso* de Veracruz, se aseguraba que en aquel hecho de armas los liberales obtuvieron «un completo triunfo,» y á renglón seguido se asentaba que la sección Arteaga había sido totalmente destruída; que las infanterías de Zacatecas y Aguascalientes, y el batallón de Fieles de Jalisco habían sufrido una dispersión considerable, resultando de ahí que la división quedase reducida á 1,900 hombres. Para apreciar bien las pérdidas de los liberales en Calamanda, es de notarse que Zaragoza había asegurado que al salir la división de Villa de Rincón de Romos, se componía de 2,500 hombres; á estos se unieron las fuerzas de Iniestra, Degollado, Alvarez y Pueblita, no siendo exagerado el creer que en Calamanda combatió contra el ejército conservador una fuerza por lo menos doble de la que salió de Rincón de Romos, es decir, 5,000 hombres. Después del combate, éstos quedaron reducidos á 1,900, lo cual no impidió que Zaragoza llamara «triumfo completo» á aquél en que más de la mitad de la fuerza se perdió. (*Av.* 8 mayo 1859).

Al tenerse noticia en México de la aproximación de las tropas de Degollado, la ciudad fué declarada en estado de sitio. Pocos días después, se vieron en sus alrededores las tropas liberales que ascendían á 8,000 hombres, (1)

<sup>1</sup> «Degollado ordena que se dirijan al Valle de México para concentrarse en él y amagar á la Capital, á las siguientes fuerzas que ascendían aproximadamente á 12,000 hombres, según lo afirma Zaragoza,» (*Melc.*)

con veinte piezas de artillería, y se situaron en Tacubaya, extendiéndose hasta el castillo de Chapultepec, para impedir el paso, aunque en vano, á las tropas de Mejía y de Callejo que se acercaban en auxilio de México.

Con el fin de predisponer en su favor á los habitantes de México que no podían olvidar los actos de vandalismo y robos sacrílegos con que se habían señalado los liberales, Degollado comenzó su fingida enmienda desde San Juan del Río donde encarceló, con mucha ostentación, á un oficial que había hurtado algunos huevos; y antes de llegar á Tacubaya creyó prudente expedir esta proclama á los habitantes de la Capital: « No ignora el ejército federal que sus enemigos lo calumnian, atribuyéndole cuantos crímenes horrorizan la humanidad; pero los defensores de vuestra libertad, de vuestras garantías, de la religión santa del Crucificado, de los intereses verdaderos de la sociedad confían en que vuestro buen sentido y vuestra ilustración rechazarán tantas falsedades. » (*Av.* Abril 1859). Para extremar sus precauciones y dar una prueba de su amor á la religión santa del Crucificado, Degollado mandó en peregrinación á 300 hombres de caballería á la villa de Guadalupe, con orden de que encendiesen velas á la Virgen, le rezasen una estación, haciendo coro dos coroneles. De ahí vino quizá el que Justo Sierra dijese que era « Santos Degollado hombre profundamente cristiano. » (*Sier.*)<sup>1</sup> Los romeros iluminaron el templo, visitaron el cerro y el pozo, é hicieron gran consumo de medallas, estampas y novenas; pero no se acordaron de pagar la cera que á pedido suyo se encendió, así como todo lo demás. En cambio, no se olvidaron de entrar á las vinaterías y de manifestar con sus blasfemias que más que un acto de hipocresía, fué un insulto sacrílego el que quiso hacer Degollado cuando envió á esos hombres á rezar estaciones á la Virgen de Guadalupe. ¿Y cómo era posible dudarle, cuando se habían señalado por sus excesos contra el clero, los más de los cabecillas que traía Degollado?

De uno de ellos decía un periódico liberal *El Progreso* (11 ag. 1859): « Hace más de un año que al pasar el señor Blanco por San Juan de los Lagos, aprehendió en aquel pueblo á unos frailes por conspiradores y revolucionarios, y los cambió por unos cuantos machos de carga. Después, aprehendió en Irapuato, por la misma causa, ocho curas y los vendió en León en \$ 9,500. Por último, como éstos han seguido armando y azuzando á los pueblos de una manera infame, han subido de precio; pues, el General D. Juan Zuazua acaba de vender en San Luis Potosí un cura solo, en \$ 10,000. » (*Av.* 23 ag. 1859.)

p. 107) los cuales, una vez llegados á la Capital, bajaron á 3,000 (*Melc.* p. 124), según nueva afirmación de Zaragoza, cuya veracidad queda más que sospechosa después de ver las falsedades que estampó en su carta acerca de la acción de la Calamanda.

<sup>1</sup> La bobería que José del Castillo stampa en estas líneas: « Santos Degollado era hijo respetuoso de la Iglesia, pero enemigo del clero y de sus abusos, » (*Curs.*) corre parejas con estotra: « Pepe Castillo era hijo respetuoso de sus padres, pero enemigo de su tata y de su nana. »

Concluidas sus devociones á la Virgen de Guadalupe, Degollado atacó la plaza de México á las cinco y media de la mañana del 2 de abril, enviando tres columnas hacia la línea fortificada de la calzada de la Verónica, de la de San Antonio de las Huertas, y del costado derecho de la puerta de San Cosme, amagando con un cuerpo de caballería el parapeto de Belén. El ataque recio y formal se reconcentró sobre la trinchera de la calzada de San Antonio de las Huertas; mas al acercarse los asaltantes á los parapetos, fueron recibidos por un fuego tan nutrido de fusil y metralla, que se vieron precisados á retirarse á sus posiciones, dejando en el campo un considerable número de muertos y heridos. Entre los cadáveres de los asaltantes se hallaron cinco norteamericanos, uno de ellos con grado de capitán y llamado Green al cual se le encontraron un cáliz y una patena.

En la madrugada del día 2 de abril, Degollado despachó á Morelia un correo para anunciar que en aquellos momentos atacaba á México, y que el miedo, la confusión y el desorden eran tales que no dudaba que á la mañana del día siguiente habrían entrado ya todas las fuerzas constitucionalistas á la capital. Recibida la carta en Morelia, multitud de cohetes y un repique á vueio de campanas que duró cuatro horas, celebraron la toma de México. El ataque á la capital se convirtió después en un reconocimiento cuyo resultado, aseguró Degollado, había sido satisfactorio. (*Av.* Abril 1859).

Eta jornada fué referida por Zaragoza á Vidaurri de una manera tal que quitaba á este hecho de armas el carácter de reconocimiento con que Degollado quiso revestirlo. Para ocultar su derrota, Zaragoza fijó en 2,200 el número de los asaltantes y confesó que, malogrado el golpe, fué necesario, al caer la noche, retirarse á Chapultepec. Ésta es la confesión expresa de la derrota, con la circunstancia de que, sin advertirlo, prueba Zaragoza que era mucho mayor de 3,000 el número de las fuerzas reunidas en Tacubaya, cuando dice: « Dejáronse regularmente cubiertos los puntos de nuestra línea, y con tres brigadas, cuyo número total era de 2,200 hombres, se atacaron las posiciones enemigas del rumbo de San Cosme. » Para cubrir regularmente los puntos de una línea tan extensa como la que ocupaban las tropas de Degollado, se necesitaban más de 800 hombres quienes, bajo el supuesto de ser de 3,000 el número total, eran los que quedaban disponibles después de los 2,200 que formaban las tres brigadas. Zaragoza adulteró hasta lo inverosímil la pérdida de los conservadores, haciéndola subir á 1,600 hombres, cuando un escritor liberal, D. Manuel Cambre, afirma que « este ataque sólo costó á los defensores de la plaza 95 bajas entre muertos y heridos. »

Según era su costumbre, Degollado y los demás cabecillas liberales expidieron proclamas retumbantes á sus soldados. « Compañeros de armas, decía Degollado, habéis alcanzado la admiración de los inteligentes y la gratitud del pueblo oprimido, con la brillante función de armas de ayer. » Pueblita encarecía todavía más sobre el valor de los liberales, y hasta llegaba á estampar esta ridícula fanfarronada: « El soldado de la libertad vale por diez de los fanáticos y serviles. » La proclama de Zaragoza no era menos chabacana: « Valientes compañeros, exclamaba, estoy muy satisfecho de la pericia y del valor que habéis mostrado en la jornada de ayer. Enviados á practicar

un reconocimiento, vuestro entusiasmo y vuestro ardimiento lo han convertido casi en victoria.»

Algunos días después, cuando Degollado trató de atacar la garita de San Antonio Abad, esos mismos soldados de la libertad que valían por diez de los fanáticos y habían ganado casi una victoria, se olvidaron de los laureles conquistados el 2 de abril, y, presa de un miedo cerval, no quisieron marchar. Fué necesario cercar el cuartel, abocarle algunas piezas, permitiendo que se fueran los jefes que rehusaban combatir, y ordenar á la tropa que se sometiera so pena de morir á metrallazos. Los jefes se marcharon, y la tropa se apaciguó como por encanto. Sin hacer caso de las mentiras de los cabecillas revolucionarios, *El Progreso* confesaba que « desde la acción del 2 de abril, se había resfriado no poco la decisión de los constitucionalistas que pensaban entrar á México como quien entra á su casa. La desertión es mayor cada día en sus filas. »

Degollado perdió la oportunidad de atacar la capital cuando se presentó en ella sin que hubiese dentro los elementos suficientes para resistirle, y con su inacción durante los veinticuatro días que llevaba de estar frente á México, dejó reunirse fuerzas que le obligaron á ponerse á la defensiva. Habiendo consultado con los jefes conservadores, Leonardo Márquez dispuso salir á atacar á Degollado en sus mismas posiciones. El 10 de abril, á las cinco de la tarde, mandó que una doble batería establecida en la falda de las lomas tras de Tacubaya, rompiera sobre el molino de Valdés y el edificio del Arzobispado, que eran los puntos más fuertes del enemigo, un nutrido fuego de cañon que duró hasta el obscurecer.

Al día siguiente, poco antes de las siete de la mañana, estalló el horrible estampido producido por doce cañones que Márquez había situado en el mismo punto del día anterior. De repente salió una columna conservadora dirigiéndose sobre el molino de Valdés, mientras que la artillería del enemigo redoblada sus disparos sobre los asaltantes. La columna, después de ejecutar diversos movimientos para envolver la posición de los liberales, se arrojó sobre ella con ímpetu violento, y logró apoderarse del molino.

Las baterías situadas en la falda de la loma seguían bombardeando á Tacubaya : una parte de las fuerzas allí situadas, avanzó formando el vértice de un ángulo cuyas dos líneas se dirigían respectivamente al Arzobispado y á la falda del bosque de Chapultepec, y situó en el intermedio de uno y otro punto, piezas de artillería que estuvieron disparando sobre ambos rumbos desde las siete y media hasta las diez de la mañana.

En Casa Mata se empeñó otra acción no menos sangrienta que la del Molino de Valdés. Un escuadrón de dragones, desprendiéndose de la línea en que el General Márquez tenía situados sus cañones más próximos al enemigo, avanzó hacia la Casa Mata seguido por dos batallones de infantería que marchaban por distinta línea. Los liberales recibieron al enemigo con un fuego vivísimo de cañon y fusilería que causó bastantes estragos; pero al fin manifestándoseles la suerte contraria, abandonaron en poder de Márquez, el Arzobispado, todas las posiciones fuertes de Tacubaya, la Casa Mata, y por ultimo Chapultepec adonde se habían respiegado.

Tal fué el desenlace de aquella batalla, una de las más reñidas en el tormentoso período de la Reforma. Los liberales perdieron carros, trenes, parque en abundancia, 20 piezas de artillería, 206 hombres que cayeron prisioneros, además de « muchísimos cadáveres, » dice Cambre, que quedaron tendidos en el suelo. Los conservadores tuvieron 98 muertos y 189 heridos, sin incluir las pérdidas que sufrió la segunda brigada de caballería.

Degollado y su ejercito deshecho emprendieron la retirada perseguidos muy de cerca por algunas brigadas que Márquez destacó en su seguimiento. Todo Tacubaya fué testigo del poco valor con que se manejaron muchos jefes liberales. 'A las nueve de la mañana del 11 de abril, Pascual Miranda, José Justo 'Alvarez, Juan José Baz y otros fugitivos tomaron apresuradamente el rumbo de Chapultepec. Tras de ellos y confundido entre la turba de los fugitivos iba Degollado en pechos de camisa después de haber tirado el uniforme y la banda de general de división para mejor correr y no ser reconocido.

El concepto en que los liberales tenían el valor militar de ese general, era idéntico al de los conservadores. En una proclama dirigida á sus fronterizos decía Vidaurri : « El ejército del interior ha cometido infinitas faltas en sus operaciones : el general en jefe que las ha mandado no ha tenido cabeza. Degollado ha obrado con mucha cobardía y torpeza. El nombre de Degollado es fatídico para los del norte : él os recuerda la pérdida de vuestros hermanos sacrificados en detal para escaparse en su fuga con sus compañeros, cuando habéis peleado bajo sus órdenes : el os trae á la memoria vuestras hambres y padecimientos por no haberos pagado vuestro enganche, ni satisfecho vuestro prest, aprovechándose el ejército del interior so'lo del riquísimo botín conseguido por vuestro esfuerzo; él, en fin, es un p... que no ha hecho nada por sí, sino correr de lugar en lugar, sin plan, dirigiendo mentidos partes de triunfo que no ha conseguido, faltando al respeto que se debe á las autoridades á quien se dirige y á las que debe el alto empleo que se le confirió. »

Entretanto, aludiendo la prensa al empleo desempeñado por Degollado en la catedral de Morelia, le dedicaba los siguientes versos festivos acerca del descalabro del 11 de abril.

Escucha, amigo Don Santos :  
 Detén un poco las riendas.  
 Pára, que oigas de mi boca  
 Unas cuantas chanzonetas.  
 No corras : ya no te siguen;  
 Descansa la tropa nuestra.  
 Ese ruido que te espanta  
 Lo va formando la anquera.  
 Pára, viejecito, pára :  
 Que pasó tu primavera;  
 Y á los sesenta del pico  
 No convienen tales fiestas.  
 Vivir en la sacristía  
 ¡ Cuánto mejor te estuviera,  
 Y cargar, en vez de espada,

El cirial ó la naveta !  
 ¡ Tú, llevar pistola en mano!  
 Tal vez si el rosario fuera.  
 Chasco es éste del demonio.  
 Vuelve, Don Santos amigo :  
 No des grupas á Morelia;  
 Que allí pidiendo de hinojos  
 El perdón de tus ofensas,  
 Quizá retornen los días  
 Que perdiste en tu imprudencia,  
 Y acabarás esa vida  
 En el rincón de tu iglesia.  
 Es mejor con tu alcancía  
 Andar juntando monedas  
 Allí en la misa de doce,  
 Para las hostias y velas.  
 ¿ Qué sabes tú de maniobras,  
 Ni si es bueno que en hileras  
 Marchen los pobres forzados  
 Que coges en las haciendas?  
 Ordenar las procesiones  
 Es ocupación diversa;  
 Allí la piel nada sufre  
 Y el colete no se arriesga.

Mientras Degollado lograba escapar á uña de caballo, el General Marcial Lazcano, que después de servir á los conservadores se pasó á las filas de los liberales (*Dar*), se batía creyendo que sus compañeros sostenían el punto que les había sido encomendado. Así es como él y varios oficiales cayeron prisioneros de guerra.

Poco antes de terminarse la lucha, Miramón llegaba á la capital á las diez de la mañana. No bien bajó de la diligencia, montó á caballo y acompañado de varios jefes y oficiales y de escolta de caballería, salió á las once y media de palacio en dirección al campo de batalla, casi en los momentos en que ésta terminaba.

Ocupada la población de Tacubaya, Márquez dió orden de que todos se reconcentrasen en ella, y se dirigió á Chapultepec que había sido tomado por el batallón de zapadores. Miramón se presentó á los pocos instantes en el mismo lugar, y queriendo premiar al General Márquez por la victoria alcanzada, le dió sobre el campo de batalla el grado de general de división. En seguida, Márquez se dirigió á Tacubaya; y estaba muy cerca de esa población cuando un ayudante de campo del Presidente, que á todo galope se acercaba á él, le entregó un pliego escrito de letra de Miramón, cuyo contenido era el siguiente: « General en jefe del ejército nacional. — Excmo. Señor: — En la misma tarde de hoy, y bajo la más estrecha responsabilidad de V. E., mandará sean pasados por las armas todos los prisioneros de la clase de oficiales y jefes, dándome parte del número de los que les haya cabido esta suerte. — Dios y Ley. México, abril 11 de 1859. — Miramón. »

Cumpliendo con lo ordenado, mandó Márquez que fuesen fusilados todos los que habiendo caído prisioneros en el campo de batalla pertenecían á la

clase de oficiales, con excepción del General Feliciano Echevarría, del Coronel Bello y de otras dos personas á quienes el Presidente indultó de la pena capital. Entre los que sufrieron esta pena hallábanse dos estudiantes de medicina y algunos paisanos que habían ido de México á unirse al ejército constitucionalista. « Tan sangrienta y enconada estaba ya la cuestión, dice Rivera, que no podían esperar otro resultado los prisioneros, de los que muchos sin embargo, por circunstancias particulares, fueron perdonados. »

La derrota de Degollado fué celebrada con entusiasmo indecible por los habitantes de la capital quienes, enseñados por una dolorosa experiencia, consideraban á los liberales como á los peores enemigos de la sociedad. Poco antes de las dos de la tarde del día 13, un repique general en todos los templos y las salvas de artillería anunciaron la entrada del ejército conservador. Al pasar por las calles, cayó sobre él una lluvia de coronas de flores y de laurel que le arrojaban desde las azoteas y los balcones en medio de las aclamaciones de ¡ viva la religión ! En el tránsito, una comitiva de señoras de la buena sociedad ofreció al General Márquez, como prueba de agradecimiento á la defensa de la causa religiosa, una corona de laurel y una lujosa banda encarnada que en letras de oro llevaba grabado este lema: « A la virtud y al valor, la gratitud de las hijas de México. » Tras de los Generales acompañados de su estado mayor, marchaban las brigadas de infantería con sus generales al frente; luego, las piezas de artillería quitadas al enemigo con sus respectivos trenes; en seguida, los soldados hechos prisioneros, y cerrando la marcha, las brigadas de caballería. « Espléndido fué el recibimiento que al ejército vencedor se hizo en la capital de la República, » dice Vigil; y ésto era lo que más escocía á los liberales condenados á presenciar el horror con que los miraban los miembros más cultos de la sociedad mexicana. De allí viene el plañido lastimero que en estas líneas exhala un admirador del asustadizo Degollado: « El clero celebraba las victorias que costaban tanta sangre mexicana con pomposas fiestas religiosas, lo que era anticristiano; y ésto se vió hasta cuando se sacrificaban impiamente víctimas inocentes, como el 11 de abril de 1859 en Tacubaya, crimen horrendo para el cual el clero no tuvo una palabra de condenación. Pero ¿ qué más? Miramón, el jefe del gobierno ilegal, era saludado en las iglesias con cánticos y preces, como un nuevo David. » (*Sier.*)

Dos días después de estas ovaciones, apareció un impreso anónimo, obra de Francisco Zarco, titulado: « los asesinatos de Tacubaya, » en el cual se decía: « Seguid, seguid felicitándoos mutuamente, dándoos recompensas, porque habéis sido asesinos, insultando al Criador con vuestros sacrílegos votos de gracias, parodiando á los héroes triunfadores, preparándoos agasajos de mujeres fanáticas que olvidando la ternura de su sexo, se transformaron en Euménides paganas, en furias que se gozan con la sangre. No, no hay en México un partido político cuyo dogma sea el asesinato. Los que azotan á las mujeres, los que fusilan á los heridos, los que niegan un confesor á los moribundos, los que asesinan á los médicos y á los niños, y después insultan á sus cadáveres no forman, no, ni pueden formar una comunión política. No, el partido liberal que proclama la libertad de conciencia, jamás se interpondrá entre Dios y el alma humana para negar al moribundo los postreros auxilios de la religión,

como si la venganza se pudiera llevar más allá de los linderos de este mundo. »

El 2 de julio el *Diario Oficial* traía la noticia de haber sido aprehendido el supuesto autor del libelo ése y añadía : « En poder de ese individuo se ha encontrado también moneda falsa á cuya acuñación se dedicaba el libelista demagogo. Se ve, pues, que los hombres que están al servicio de los enemigos del orden, tienen todas las cualidades para ser dignos servidores de la causa á que consagran sus trabajos; por éso, el delito de libelista se encuentra unido al de monedero falso. ¡Bellos títulos para servir á la demagogía! »

No satisfecho con falsificar la moneda, el libelista falsificaba también los hechos afirmando que se habían negado los auxilios espirituales á los sentenciados, cuando tres sacerdotes les habían ofrecido su ministerio que unos aceptaron y otros rechazaron. « Alguno de ellos, llamado Manuel Mateos, insultó villanamente al sacerdote que le iba á hablar en nombre de Dios, » dice *El Diario de Avisos*. Los que negaban los auxilios de la religión, no eran ciertamente los conservadores, sino los enemigos de esta misma religión, el mismo Juárez á quien los de su bando reprochaban tan acremente « los asesinatos políticos que se conocían con el nombre, de ley fuga » « Este modo de matar á los enemigos políticos, dice un liberal y masón, no podía ser más infame, porque se agregaba á la cobardía del asesinato, la ferocidad de hacer morir á un hombre sin preparativos espirituales. » (*Paz*. t. 2. p. 285, 286)

El libelista hacía subir á 53 los fusilamientos de Tacubaya, cuando no pasaron de 17, afirma Vigil, á pesar de haber sido de 206 el número de los prisioneros. Esto mismo se desprende del remitido que á los pocos días publicó el Coronel Daza y Argüelles en el *Diario de Avisos* para manifestar que en la ejecución de estos prisioneros no tuvo más participio que el de mandarlos sepultar. Este número mucho dista del de 53 que todavía siguen estampando los periódicos liberales (*Hog* abril 1899) y los manuales de Historia Patria de Justo Sierra, Torres Quintero (*La Patria Mexicana*. año de 1906) y demás « sencillos y colombinos historiadores nuestros, como dice Bulnes, que impregnan el espíritu nacional de fábulas ridículas. » (*Ment* p. 789)

Agrega Vigil que « el alto grado de exaltación á que habían llegado las pasiones políticas, el sangriento sistema de represalias adoptado por los bandos beligerantes, habrían explicado suficientemente aquellas ejecuciones que no eran por desgracia, una cosa nueva en la terrible contienda que presenciaba la República, y que los mismos liberales habrían dejado pasar como una de las dolorosas consecuencias á que el vencido tenía que someterse. Hubo, empero en los fusilamientos de Tacubaya una circunstancia que los hizo particularmente odiosos, que arrojó sobre sus autores una mancha indeleble, y fué que la mayor parte de los que sucumbieron eran médicos que desempeñaban en aquel momento, sus humanitarias funciones, ó paisanos que no tenían ningún carácter militar. »

Antes de formular semejante cargo debía el precitado escritor, que pretende al alto ministerio de la crítica histórica, haber aducido las pruebas de que los dos médicos y los varios paisanos aludidos no desempeñaban absolutamente ningún cargo militar; si lo desempeñaban, claro es que los compren-

día la ley de conspiradores, y que en ese caso no podía Márquez desobedecer las disposiciones del superior. Hasta la fecha nadie ha logrado probar que no combatían entre las filas liberales. « Las víctimas, dice el señor Ignacio Alvarez, fueron todas personas á quienes, en ese día, se tomaron con las armas en la mano en el ejército constitucionalista, desempeñando oficios militares, aunque en realidad no fuera ésa su carrera antes; pero lo fué en ese día, y quedaban comprendidos en la terrible sentencia que el General Márquez no hizo sino recibir de su superior y comunicarla á su inferior que debía ejecutarla, sin que en ella se hiciera alguna excepción. » (*Estudios sobre la Historia General de México*) « Esos desgraciados, decía el *Diario Oficial*, fueron aprehendidos en el campo de batalla con las armas en la mano, y los médicos no estaban entre las filas de los demagogos cumpliendo una misión humanitaria; antes, por el contrario, olvidados del deber de llevar la salud y la vida á todas partes, llevaban la muerte á sus hermanos. »

Quedó probado también que los liberales no establecieron hospital alguno en Tacubaya, que dejaron abandonados en el campo á sus heridos, y que llevaron su barbarie hasta el extremo de haber hecho fuego sobre los médicos de la ambulancia que querían recoger á los heridos de San Cosme. Cuando Juan José Baz se enfermó en el campo de Degollado, á pesar de haber faltado al juramento por él suscrito de no volver á hacer armas contra el gobierno, un médico salió de México para atenderlo, y regresó sin ser molestado por el gobierno conservador.

Dos años más tarde, por decreto de 2 de marzo de 1861, Juárez se empeñó inútilmente en averiguar si los médicos fusilados el 11 de abril asistían ó no á los heridos en los hospitales de Tacubaya. En una carta escrita en 23 de octubre de 1861, el juez Mariano Arrieta, que practicó de orden del gobierno liberal una severa y escrupulosa averiguación, confesó que, « á pesar de su actividad, nada había podido descubrir sobre sí habían sido cogidos ó no con las armas en la mano, puesto que los ejecutores de la orden eran los únicos que podían dar luz sobre el hecho. » (*Za.*)

Cuanto á la acusación de que se fusiló á niños, como si se hubiera tratado de otra matanza de los santos inocentes, es demasiado ridícula para merecer sea contestada. Hora es ya de que las leyendas cedan el paso á la Historia.

El libelista calumniaba también al Arzobispo al acusarlo de haberse alegrado de aquellos fusilamientos, siendo así que la noticia de ellos llegó á la capital sólo después de haber sido consumados, y que el Arzobispo intercedió más de una vez á favor de los mismos enemigos de la Iglesia. Cuando se descubrió, en septiembre de 1858, la horrible conspiración de Fabre y de sus tres compañeros, y se los sentenció á la pena capital; cuando hacía apenas seis meses que Daniel Traconis cogido en la Merced con las armas en la mano, durante el ataque de Blanco á la capital, fué condenado en un consejo de guerra á ser pasado por las armas, ¿á quien debieron la vida todos aquellos desgraciados sino á las súplicas del Arzobispo?

Lejos de considerar los fusilamientos de Tacubaya como un acto de barbarie, la prensa norteamericana, adicta á Juárez, afirmó, no obstante, que